Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
	8	7		4	0
5	8	7	9	2	0
3	2	4	1	1	0
5	6	8	4	0	1
8	4	9	0	0	1

GARDEL PAGARIA POR ESTE DATO

Página/2/3

Verano/12



RESPLANDOR

(Por Luis Gruss) Ahora sólo recuerda el cuerpo blando de esa mujer. Había cambiado con ella unas pocas palabras, cuando la encontró bajando la calle sinuosa que muere en el río. Caminaron juntos hasta hasta que la tormenta del sacramento los sorprendió haciendo el amor en una pieza de hotel barato. No se veían pero se adivinaban al tocarse los cuerpos húmedos, tibios, recién vueltos de una batalla inexplicable. El acarició demoradamente los pechos pequeños que se le ofrecían en la oscuridad, y sobre la cima sombreada de uno de ellos escuchó con los dedos el latido de un corazón.

Ella estaba iluminada por luz fría. El dibujo de su cuerpo se perdía en los contornos como un boceto de Egon Schielle. Pero las líneas se organizaron de pronto cuando se levantó desnuda y recortó su perfil contra el cielo en la ventana. El flash de un relámpago descubrió al hombre que fumaba en la cama. Ella lo miró con descaro. La barba rala, el sexo desmayado sobre la pierna en reposo, las rodillas levemente rosadas, los pies en fuga hacia arriba como los de un niño dormido o los de un cadáver. Pensó en hacer preguntas pero se contuvo. Cuando él trató de hablar ella se aproximó a la cama con pasos de gata resuelta y le cubrió la boca con la suya. Se frotaba en silencio contra el cuerpo absorto del hombre que volvía a despertar entre sus piernas con una decisión salvaje. Y los dos empezaron a girar nuevamente en la danza que los unía y los desataba.

No, resplandor, los pactos no eran tu destino. Tu destino era este estruendo al que, por un segundo, toda la tierra y mi corazón se han rendido. El hombre está leyendo un poema con la sensación de haberlo vivido en el delicioso umbral de las palabras. Ahora sólo recuerda el cuerpo fantasmal de una mujer desconocida. Cierra los ojos y la ve, todavía, desnuda en la ventana.

GARDEL PAGARIA POR ESTE DATO

Nacido un 24 de enero como hoy, pero de 1960, Rolando Graña pierde ahora, definitivamente, su condición de "joven" periodista. Sin embargo, aún está a tiempo de devenir un promisorio escritor de generación intermedia. Para demostrarlo, este corresponsal en la Argentina del noticiero Telemundo CNN y periodista de Página/12, presenta un cuento inédito.

Por Rolando Graña

En general charlo poco con los pibes pero cuando entramos en confianza todos me dicen que soy de otra época. Y a lo mejor tienen razón. Ellos prefieren los boxeadores pero para mí la cosa es como el Pac-Man. Hay que saber esperar el momento en que todo se da vuelta: venís escapando hasta que te toca comer a vos. Pero para que te salga bien los tenés que tener a todos lo más cerca posible porque si no no hay sorpresa.

Por eso, porque está tan cerca que ni lo puede ver, yo sé que Gardel pagaría por este dato. Pero el que se lo diga pierde. Sabría demasiado para sus gustos paranoicos. Hay que hacérselo llegar nomás, y que él piense que se dio cuenta sólo atando cabos.

Después la máquina va a empezar a andar sola y yo me voy a tener que ir de acá; voy a dejar de venderles fichas de Pac-Man a los que no se acostumbraron a las máquinas de boxeadores. Pero no importa: todo va a estar bomba. O por lo menos eso es lo que me hubiera dicho Montse.

Supongo que a esta altura ya te estarás preguntando quién es Montse, por qué el tono de tragedia y por qué te mando un casete y no una carta o te llamo por teléfono, por ejemplo. Yo también. Pero aquí estoy: delante de un grabador y con el bolso ya armado encima de la cama.

Para empezar digamos que nos conocimos en el lugar equivocado. Ella estaba con Fafá y obviamente yo me di cuenta enseguida de que laburaba para Gardel. Después me contó (me dio a entender más bien) que él la salvó en España de algo inconfesable: la decadencia sumaria, la propia destrucción de a tramos; acostarse con cualquiera por unos mangos para comprar *caballo* y al final de la noche meterle la mano en el bolsillo a los tipos dormidos si cuadraba. Quien sabe. A lo mejor simplemente le ofreció un lugar y un trabajo, una lealtad contra la disgregación. Al menos eso pensaba Montse mientras iba y venía a España, a Brasil, a Miami, a Santiago con valijas de Gardel. Al menos eso me dijo la primera vez que fui a la casa.

Cuando le pregunté qué hacía con Fafá, se rió y me contestó: "¿Y vos qué hacés acá? Es tu amigo". Y después me volvió a hablar de Gardel. Al final me contó que cuando estaban en Marbella, Gardel le enseñó todo a Fafá. Todo y más: no la picaresca chiquita de cómo negociar o apretar un cliente, no los yeites del corte ni la ostentación barata de minas rubias y anteojos oscuros sino la parada, convencer al otro de que uno es impune para desear y hacer lo que se le canta mientras los otros buscan razonar la prepotencia.

Esa noche yo estaba con Diana. Fue ella la que me presentó a Montse y me dejó solo cuando se aburrió. Antes de irse, Montse me preguntó si nos íbamos a volver a ver y yo le contesté que no dependía de mí, mientras lo miraba a Fafá.

—No te preocupes, soy discreta y sé borrar las pistas. Ya te buscaré.

Fueron tres o cuatro noches seguidas que nos vimos. Ella estaba preparando un viaje para Gardel y no hacía nada en todo el día

Dos días después, cuando empecé a entender que ya no iba a volver, me acordé del rollo y de la última foto de la gallega, la tarde de Nochebuena. Pero en el revelado no apareció. O mejor dicho: apareció sin ella, con el granizo y la gente esperando bajo los toldos. Las que venían antes hicieron que el pibe del laboratorio me mirara como si yo fuera poco menos que el rey de la trata de blancas, el magnate de algún imperio porno: treinta veces Montse acostada con Diana.

Veintiocho eran enlaces delicados de mujeres que saben lo que al cuerpo de otra mujer le gusta y no lo ostentan en records. Pero algo raro había pasado en las otras dos, las últimas. Un rencor inmundo le torcía la boca a Montse mientras le tiraba del pelo y le pegaba a la otra.

¿Montse sabía que la iban a matar? La encontraron desnuda, atada a la cama con sus propias medias y abierta hasta el cuello en un hotel de San Pablo. Una puesta en escena que, dicen, solamente reservan a los peores buchones.

Llegué antes de que le reventaran la casa. El departamento estaba hecho un quilombo, como te imaginarás. Montse —cómo te explico— no era propiamente una secretaria meticulosa, mucho menos si estaba escapando. Pero había algunas partes que sí estaban prolijas. Unas libretas, por ejemplo. Que no decían nada sobre los viajes a Chile, a Paraguay, a Brasil ni a España porque yo sé que esas cosas ella las cobraba al contado contra entrega. Pero sí había nombres de pila, apodos, apellidos a veces, de tipos y de minas. A muchos los conocía: eran amigos, clientes o empleados de Fafá y de Gardel. A otros los tenía de nombre; eran —cómo decirte— del palo. Había también algunas iniciales que después, con paciencia, fui sacando. Al lado de cada uno de los nombres había una fecha.

Entre los últimos cinco estaba yo. Al lado, el "romántico", el "mágico" día que nos acostamos.

Cada vez más caliente, como te imaginarás, seguí revolviendo. Merca no había por ningún lado. Balanza menos. Digamos que Montse era muy profesional como para que la agarraran cargada. Pero en uno de los placars, encontré un trípode, cubetas, una ampliadora, mucho papel para hacer copias, un bidón con fijador, todo como para armar un laboratorio.

Fotos a la vista no había, salvo las que estaban pegadas en el tablero de corcho que tenía enicma de la cómoda, en el dormitorio. Faltaban cinco o seis; se notaba por los huecos. Algunas habían sido arrancadas porque todavía quedaban esquinas de cartulina sujetas con chinches. Después, en el cesto del baño, encontré una parvita de cenizas, varios rulos de cartulina retorcida y negra, pedazos de negativos mal chamuscados y hasta reconocí un par de locos en pleno éxtasis, uno sacándole la lengua a la cámara y todo.

Pero volvamos a la cómoda. Pegado en uno de los huecos había un sobre con mi nombre y adentro una foto, varios negativos y unas líneas. La foto y los negativos, obviamente, eran de nosotros dos en esa misma cama, evidentemente enfocados desde el placard, no me imagino muy bien cómo. La carta decía: "No la pude quemar pero sé que tú vas a dar con ella antes que nadie. Creo que con éstas te va a alcanzar para entender todo. Pero si te interesa, debajo del sofá hay una caja que te puede ayudar. Si te preguntan por mí, di lo que todos: que me fui de viaje, a Chile, o que no sabes. Si, como decís vosotros, 'zafo de ésta', nos volveremos a ver. Te lo juro. Postdata 1) No me perdones por lo de la foto: no te lo he pedido. Postdata 2) No es a Chile que viajo".

De más está decirte que a pesar de la pista casi no encuentro la caja y que nunca la hubiera encontrado solo. Estaba metida de tal modo en un hueco del sofá que no se la veía ni aunque uno lo abriera y sacara el colchón. Empecé a pensar que semejante canuto le tenía que interesar mucho a alguien. En realidad no entendía bien por qué todavía no había venido nadie a buscarlo. Como no era cuestión tampoco de quedarse a esperar, agarré la caja y me vine a revisarla acá. Creo que sigo sin entender por qué la mataron.

En la caja había cositas pavas como las que guarda cualquier mina: aritos, anillos, cadenas, un frasco de perfume vacío, una pipa de hasch con aire árabe, nada de valor, ninguna carta y muchos, muchos negativos ordenados por fecha.

A simple vista, al trasluz, se veía que todas, absolutamente todas las fotos eran de Montse haciendo el amor en los últimos diez años de su vida. Con tipos, con minas, algunas veces de a tres, incluso en una fiesta donde se nota que el fotógrafo ocasional estaba más interesado en largar la cámara y sumarse al mitin que en hacer de retratista, y sacó todas fotos movidas y con dedos que asomaban por el costado. Faltaban algunos años (supongo que los que estuvo casada) y faltaban también algunos negativos que sí figuraban en la libreta.

Pero lo más interesante (y creo que en ese momento empecé a entender por qué no me pedía disculpas por la foto) no eran las piruetas de cama, los repetidos labios de Montse mordidos de placer, la recurrente espalda arqueada con los pechos perfectos derramados hacia arriba, las manos crispadas en los barrotes de bronce como yo mismo las vi, la humillación sobreactuada de ofrecerse en cuatro patas para que quien se acoplara se sintiera poderoso por un rato. Nada de todo esto debía ser crucial para ella. No el primer plano, digo. Sino el resto, el decorado.

La ropa arrugada al costado de la cama o incluso a medio sacar en el arrebato hablaba de modas y épocas; los cortes de pelo, la sofisticación o ausencia de corpiños, hasta la manera de maquillarse debían ser las únicas balizas de su vida desde que se abrió de la familia. No había fotos tomadas en paisajes de Nueva York, Londres o Marruecos sino un punk desganado a quien Montse le tira la cabeza para atrás como explicándole lo que es gozar; un gordito moreno de evidente pericia en una covacha y sobre un jergón; un espejo y una Gillette en una mesa de luz y un par de piernas con medias negras, increíblemente cruzadas sobre la espalda de alguien que había llegado hasta ahí con una corbata puesta.

Las que faltaban, las que Montse tenía con ella o había arrancado y quemado de apuro debían ser las que interesaban. Faltaba saber a quién.

Entonces empecé a parar en el bar de enfrente de lo de Montse, hasta que una noche vi llegar a Fafá y a Diana. Obviamente no tenían nada que hacer por ahí. Es más, era una imprudencia de aquéllas que vinieran. Estuvieron un rato disimulando que forcejeaban con la blindex de la entrada y después subieron. Prendieron todas las luces; estuvieron casi dos horas.

Cuando se fueron subí yo. Habían dado vuelta todo, hasta el sofá; habían pateado el cesto con cenizas del baño y arrancado el corcho del dormitorio. Pero no faltaba nada; o sea que no habían encontrado lo que buscaban. Y lo único que faltaba de esa casa lo tenía yo.

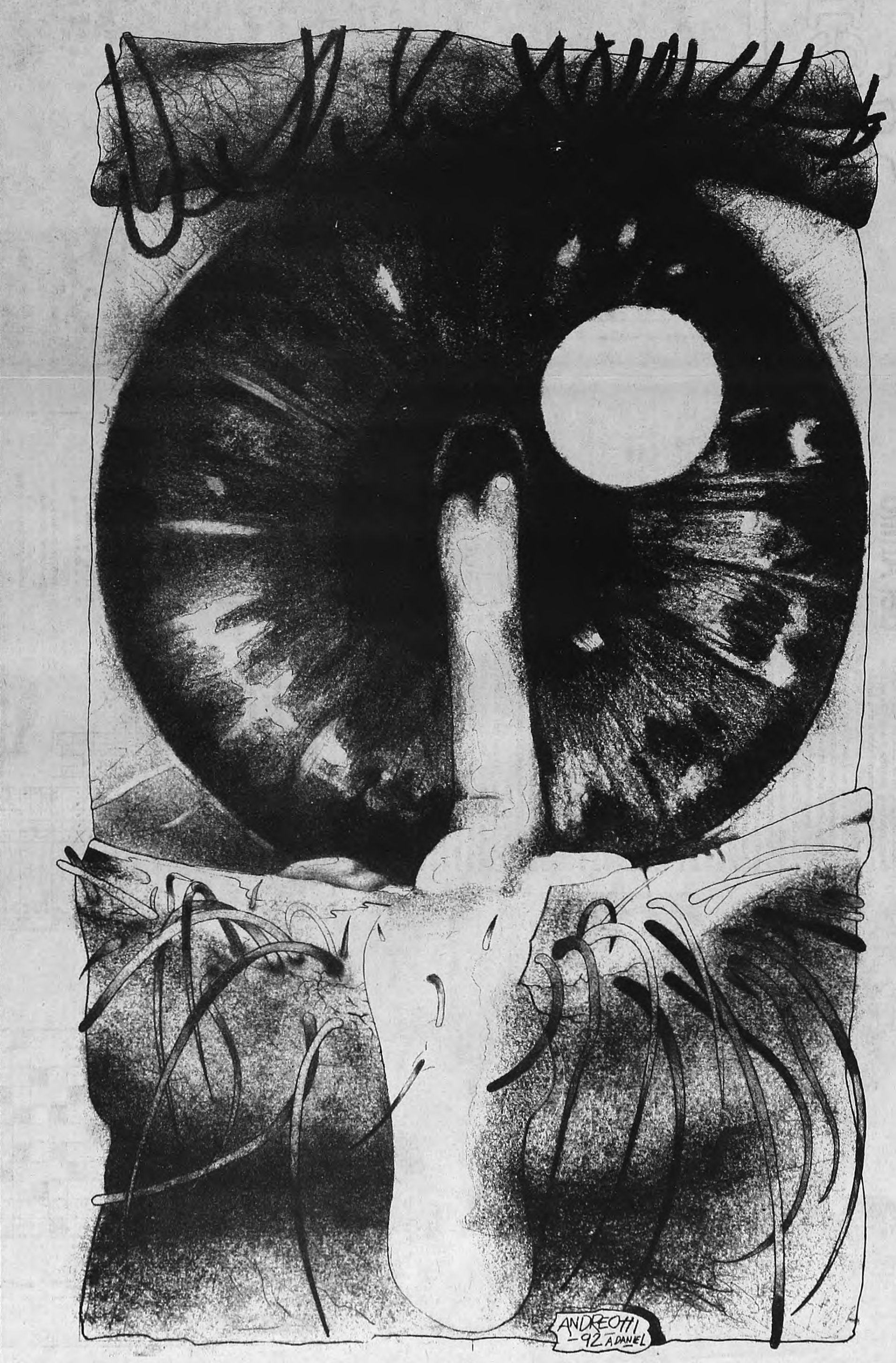
De Fafá había muchas fotos pero todas tomadas el mismo día. Nada espectacular salvo una que, ampliada, la mostraba a Mont-



Nacido un 24 de enero como hoy, pero de 1960, Rolando Graña pierde ahora, definitivamente, su condición de "joven" periodista. Sin embargo, aún está a tiempo de devenir un promisorio escritor de generación intermedia. Para demostrarlo, este corresponsal en la Argentina del noticiero Telemundo CNN y periodista de Página/12, presenta un cuento inédito.

GARDEL PAGARIA POR ESTE DATO

Por Rolando Graña



En general charlo poco con los pibes pero cuando entramos en confianza todos me dicen que soy de otra época. Y a lo mejor tienen razón. Ellos prefieren los boxeadores pero para mí la cosa es como el Pac-Man. Hay que saber esperar el momento en que todo se da vuelta: venís escapando hasta que te toca comer a vos. Pero para que te salga bien los tenés que tener a todos lo más cerca posible porque si no no hay sorpresa.

Por eso, porque está tan cerca que ni lo puede ver, yo sé que Gardel pagaría por este dato. Pero el que se lo diga pierde. Sabría demasiado para sus gustos paranoicos. Hay que hacérselo llegar nomás, y que él piense que se dio cuenta sólo atando cabos.

Después la máquina va a empezar a andar sola y yo me voy a tener que ir de acá; voy a dejar de venderles fichas de Pac-Man a los que no se acostumbraron a las máquinas de boxeadores. Pero no importa: todo va a estar bomba. O por lo menos eso es lo que me hubiera dicho Montse.

Supongo que a esta altura ya te estarás preguntando quién es Montse, por qué el tono de tragedia y por qué te mando un casete y no una carta o te llamo por teléfono, por ejemplo. Yo también. Pero aquí estoy: delante de un grabador y con el bolso ya armado encima de la cama.

Para empezar digamos que nos conocimos en el lugar equivocado. Ella estaba con Fafá y obviamente yo me di cuenta enseguida de que laburaba para Gardel. Después me contó (me dio a entender más bien) que él la salvó en España de algo inconfesable: la decadencia sumaria, la propia destrucción de a tramos; acostarse con cualquiera por unos mangos para comprar *caballo* y al final de la noche meterle la mano en el bolsillo a los tipos dormidos si cuadraba. Quien sabe. A lo mejor simplemente le ofreció un lugar y un trabajo, una lealtad contra la disgregación. Al menos eso pensaba Montse mientras iba y venía a España, a Brasil, a Miami, a Santiago con valijas de Gardel. Al menos eso me dijo la primera vez que fui a la casa.

Cuando le pregunté qué hacía con Fafá, se rió y me contestó: "¿Y vos qué hacés acá? Es tu amigo". Y después me volvió a hablar de Gardel. Al final me contó que cuando estaban en Marbella, Gardel le enseñó todo a Fafá. Todo y más: no la picaresca chiquita de cómo negociar o apretar un cliente, no los yeites del corte ni la ostentación barata de minas rubias y anteojos oscuros sino la parada, convencer al otro de que uno es impune para desear y hacer lo que se le canta mientras los otros buscan razonar la prepotencia.

Esa noche yo estaba con Diana. Fue ella la que me presentó a Montse y me dejó solo cuando se aburrió. Antes de irse, Montse me preguntó si nos íbamos a volver a ver y yo le contesté que no dependía de mí, mientras lo miraba a Fafá.

—No te preocupes, soy discreta y sé borrar las pistas. Ya te buscaré.

Fueron tres o cuatro noches seguidas que nos vimos. Ella estaba preparando un viaje para Gardel y no hacía nada en todo el día salvo pasar a verlo a Fafá un rato a la tarde. Después me llamaba al video y nos juntábamos en un bar de Juramento y Cabildo, íbamos a cenar por ahí o a tomar un helado antes de ir a la casa. Nada apasionante como verás. Creo que una vez hasta miramos vidrieras. Imaginate . Pero me habló de cosas que nosotros nunca veremos: Siouxsie bailando desnuda en un pub de cuarta de Londres; un místico sufí que le besó los ojos y le auguró placer y traiciones en esta vida y paz en sus reencarnaciones; un año entero pintando, viviendo y malcomiendo con un turco y un hindú en Berlín; un mapa oral de la Nueva York de la mejor cocaína y la peor calaña. Yo le conté de vos y de por qué la vieja nos echó de casa, del año y medio en San Marcos Sierra, de cómo me agarró Gendarmería en Puerto Iguazú, de la cárcel, de Fafá, del terror de hoy.

Antes de irse a Chile me dio las llaves del departamento.

—Mejor dáselas a Fafá.

—Mejor no. Vuelvo antes de Año Nuevo. En diez días.

Pero antes que pasaran cinco apareció apoyada en un Pac-Man, mirándome venderles fichas a los pibes, y me pidió que tomáramos un café en el Argos. "Desde niña que no escucho un billar", dijo.

Al borde del pánico, le pregunté por Fafá pero me dijo que ni él ni Diana habían ido al kiosco, que estaba la vieja, que por eso había venido y que nos fuéramos a caminar, joder. Había venido sin pintura ni medias de mujer fatal, con ojotas, jeans y una blusa blanca y corta, sujeta con un solo botón por atrás. Nunca había estado con alguien tan hermoso.

Esto fue el mediodía del 24.

Al rato de estar en el Argos me pidió que la sacara de ahí y la llevara a algún lado y yo le ofrecí ir al cementerio. No podía dejar pasar la ocasión de llevarla a conocer la tumba del auténtico Gardel. Pero cuando se lo dije me contestó que no porque la Navidad es resurrección, hijo. Igual caminamos por Lacroze y justo ahí empezó a granizar. Estuvimos un rato largo mirando la gente enloquecida, los tipos puteando sobre los capots de los coches o desesperados por cubrirlos con lonas.

Fue ahí que Montse me pidió que le sacara la última foto del rollo. Estábamos frente a una concesionaria de autos, debajo de una parada de colectivos con el marco donde van los carteles roto, sin vidrio.

Y Montse me dijo "hazme" (no haceme) un retrato con marco y todo. Me senté en el piso, puse la cámara vertical y creo que entendí más de lo que veía. Me miraba la boca, creo, pero miraba también más allá, como si esperara ver salir de la lluvia un amuleto contra la trampa y la duplicidad.

Después de sacar la foto bajé la cámara y me quedé mirando el piso. Ella levantó una pierna, salió del marco de lata, se paró al lado mío y me empezó a acariciar la cabeza y el cuello. Después me acercó un muslo para que yo apoye la cara y ya para ese entonces debía haber como cuarenta boludos de la concesionaria pegados al vidrio mirándonos.

Pero para ella no existían. Así que se arrodilló, agarró la cámara, rebobinó el rollo y me lo dio. "Revélalo", me dijo. Llamó un taxi y se fue.

Dos días después, cuando empecé a entender que ya no iba a volver, me acordé del rollo y de la última foto de la gallega, la tarde de Nochebuena. Pero en el revelado no apareció. O mejor dicho: apareció sin ella, con el granizo y la gente esperando bajo los toldos. Las que venían antes hicieron que el pibe del laboratorio me mirara como si yo fuera poco menos que el rey de la trata de blancas, el magnate de algún imperio porno: treinta veces Montse acostada con Diana.

Veintiocho eran enlaces delicados de mujeres que saben lo que al cuerpo de otra mujer le gusta y no lo ostentan en records. Pero algo raro había pasado en las otras dos, las últimas. Un rencor inmundo le torcía la boca a Montse mientras le tiraba del pelo y le pegaba a la otra.

¿Montse sabía que la iban a matar? La encontraron desnuda, atada a la cama con sus propias medias y abierta hasta el cuello en un hotel de San Pablo. Una puesta en escena que, dicen, solamente reservan a los peores buchones.

Llegué antes de que le reventaran la casa. El departamento estaba hecho un quilombo, como te imaginarás. Montse —cómo te explico— no era propiamente una secretaria meticulosa, mucho menos si estaba escapando. Pero había algunas partes que sí estaban prolijas. Unas libretas, por ejemplo. Que no decían nada sobre los viajes a Chile, a Paraguay, a Brasil ni a España porque yo sé que esas cosas ella las cobraba al contado contra entrega. Pero sí había nombres de pila, apodos, apellidos a veces, de tipos y de minas. A muchos los conocía: eran amigos, clientes o empleados de Fafá y de Gardel. A otros los tenía de nombre; eran —cómo decirte— del palo. Había también algunas iniciales que después, con paciencia, fui sacando. Al lado de cada uno de los nombres había una fecha.

Entre los últimos cinco estaba yo. Al lado, el "romántico", el "mágico" día que nos acostamos.

Cada vez más caliente, como te imaginarás, seguí revolviendo. Merca no había por ningún lado. Balanza menos. Digamos que Montse era muy profesional como para que la agarraran cargada. Pero en uno de los placars, encontré un trípode, cubetas, una ampliadora, mucho papel para hacer copias, un bidón con fijador, todo como para armar un laboratorio.

Fotos a la vista no había, salvo las que estaban pegadas en el tablero de corcho que tenía enicma de la cómoda, en el dormitorio. Faltaban cinco o seis; se notaba por los huecos. Algunas habían sido arrancadas porque todavía quedaban esquinas de cartulina sujetas con chinches. Después, en el cesto del baño, encontré una parvita de cenizas, varios rulos de cartulina retorcida y negra, pedazos de negativos mal chamuscados y hasta reconocí un par de locos en pleno éxtasis, uno sacándole la lengua a la cámara y todo.

Pero volvamos a la cómoda. Pegado en uno de los huecos había un sobre con mi nombre y adentro una foto, varios negativos y unas líneas. La foto y los negativos, obviamente, eran de nosotros dos en esa misma cama, evidentemente enfocados desde el placard, no me imagino muy bien cómo. La carta decía: "No la pude quemar pero sé que tú vas a dar con ella antes que nadie. Creo que con éstas te va a alcanzar para entender todo. Pero si te interesa, debajo del sofá hay una caja que te puede ayudar. Si te preguntan por mí, di lo que todos: que me fui de viaje, a Chile, o que no sabes. Si, como decís vosotros, 'zafo de ésta', nos volveremos a ver. Te lo juro. Postdata 1) No me perdones por lo de la foto: no te lo he pedido. Postdata 2) No es a Chile que viajo".

De más está decirte que a pesar de la pista casi no encuentro la caja y que nunca la hubiera encontrado solo. Estaba metida de tal modo en un hueco del sofá que no se la veía ni aunque uno lo abriera y sacara el colchón. Empecé a pensar que semejante canuto le tenía que interesar mucho a alguien. En realidad no entendía bien por qué todavía no había venido nadie a buscarlo. Como no era cuestión tampoco de quedarse a esperar, agarré la caja y me vine a revisarla acá. Creo que sigo sin entender por qué la mataron.

En la caja había cositas pavas como las que guarda cualquier mina: aritos, anillos, cadenas, un frasco de perfume vacío, una pipa de hasch con aire árabe, nada de valor, ninguna carta y muchos, muchos negativos ordenados por fecha.

A simple vista, al trasluz, se veía que todas, absolutamente todas las fotos eran de Montse haciendo el amor en los últimos diez años de su vida. Con tipos, con minas, algunas veces de a tres, incluso en una fiesta donde se nota que el fotógrafo ocasional estaba más interesado en largar la cámara y sumarse al mitin que en hacer de retratista, y sacó todas fotos movidas y con dedos que asomaban por el costado. Faltaban algunos años (supongo que los que estuvo casada) y faltaban también algunos negativos que sí figuraban en la libreta.

Pero lo más interesante (y creo que en ese momento empecé a entender por qué no me pedía disculpas por la foto) no eran las piruetas de cama, los repetidos labios de Montse mordidos de placer, la recurrente espalda arqueada con los pechos perfectos derramados hacia arriba, las manos crispadas en los barrotes de bronce como yo mismo las vi, la humillación sobreactuada de ofrecerse en cuatro patas para que quien se acoplara se sintiera poderoso por un rato. Nada de todo esto debía ser crucial para ella. No el primer plano, digo. Sino el resto, el decorado.

La ropa arrugada al costado de la cama o incluso a medio sacar en el arrebato hablaba de modas y épocas; los cortes de pelo, la sofisticación o ausencia de corpiños, hasta la manera de maquillarse debían ser las únicas balizas de su vida desde que se abrió de la familia. No había fotos tomadas en paisajes de Nueva York, Londres o Marruecos sino un punk desganado a quien Montse le tira la cabeza para atrás como explicándole lo que es gozar; un gordito moreno de evidente pericia en una covacha y sobre un jergón; un espejo y una Gillette en una mesa de luz y un par de piernas con medias negras, increíblemente cruzadas sobre la espalda de alguien que había llegado hasta ahí con una corbata puesta.

Las que faltaban, las que Montse tenía con ella o había arrancado y quemado de apuro debían ser las que interesaban. Faltaba saber a quién.

Entonces empecé a parar en el bar de enfrente de lo de Montse, hasta que una noche vi llegar a Fafá y a Diana. Obviamente no tenían nada que hacer por ahí. Es más, era una imprudencia de aquéllas que vinieran. Estuvieron un rato disimulando que forcejeaban con la blindex de la entrada y después subieron. Prendieron todas las luces; estuvieron casi dos horas.

Cuando se fueron subí yo. Habían dado vuelta todo, hasta el sofá; habían pateado el cesto con cenizas del baño y arrancado el corcho del dormitorio. Pero no faltaba nada; o sea que no habían encontrado lo que buscaban. Y lo único que faltaba de esa casa lo tenía yo.

De Fafá había muchas fotos pero todas tomadas el mismo día. Nada espectacular salvo una que, ampliada, la mostraba a Montse torcida en la misma mueca de asco que había en las últimas dos tomas con Diana. La película se interrumpía ahí, malcortada con tijera. Supuse que las que faltaban se las había llevado Montse con ella o las había quemado.

Que yo recuerde, Montse y Fafá salieron bastante tiempo y nunca dejaron de pasar un par de noches a la semana juntos. La fecha anotada en la libreta coincidía con la época en que se conocieron. A él se la había presentado Gardel que, según me contó Fafá en su momento, también se la había transado. Pero Gardel no estaba ni en las fotos ni en la libreta.

De más está decirte que al otro día fue Diana la que apareció por el negocio a decirme qué horrible, la encontraron muerta y toda cortada a Montse en un hotel de San Pablo. No sabés cómo está Fafá.

De más está decirte también que no fue muy difícil encontrar un par de enemigos de Fafá que me confirmaran que él había viajado a San Pablo con la hermana, y sin que Gardel lo supiera, la semana de Navidad. De algún modo, Fafá supo que Montse mintió que iba a Chile para ganar tiempo y poder pasar por San Pablo, juntar algún dinero y desaparecer, antes de que los gemelos la alcanzaran para deshacerse de ella, que conocía su secreto más escabroso.

Cuando salí de Caseros Fafá me vino a buscar para ofrecerme laburo. Yo no quería saber más nada pero él me juró que con esto me iba a blanquear. Que había puesto un videogame a la vuelta del kiosco de la vieja y que quería alguien de confianza que lo atendiera. Yo le contesté que de videogames no sabía nada pero que por lo menos sabía jugar al Pac-Man, que era de mi época. Así fue que la conocí a Diana. Venía a verme con mensajes de Fafá antes de ir a atender el kiosco. A la salida yo pasaba y me quedaba un rato. Mirábamos una tele chiquita que tenían apoyada sobre unos cajones vacíos de gaseosas. Fafá pasaba todas las noches, a veces con Gardel, pero yo nunca los vi transar con nadie ahí.

Después nos íbamos a la casa de Diana y hacíamos el amor que era un infierno. A cierta hora ella me decía que me fuera. Miraba para otro lado, como si descubriera que en realidad yo era apenas el borrador de lo que ella se merecía.

Fafá me enseñó todo sobre videogames, cierto, pero no fue él quien me enseñó a jugar al Pac-Man. Si Montse hubiera sabido o me hubiera preguntado, ahora estaría viva, pero creo que esta vez puedo ganar. O por lo menos no pasar desapercibido.

No es difícil imaginar la escena: poca sangre, todo muy profesional y ellos dos en la cama o en la bañera, con unas fotos en la boca.

Y entonces me va a tocar a mí, porque Gardel va a pensar que yo fui el que le dijo a Fafá que Montse no había ido a Chile sino a San Pablo; que yo fui el que divulgó las fotos y ese puente entre las sangres que Montse vino a ser.

Por eso me voy. Al fin y al cabo en el Pac-Man también hay que saber escapar.

Pero me voy también porque nunca más podría entrar al Argos ni caminar por Lacroze: la autopsia dio que la mataron allá la tarde del 24, mientras acá granizaba.

Chau, hermanita.

salvo pasar a verlo a Fafá un rato a la tarde. Después me llamaba al video y nos juntábamos en un bar de Juramento y Cabildo, íbamos a cenar por ahí o a tomar un helado antes de ir a la casa. Nada apasionante como verás. Creo que una vez hasta miramos vidrieras. Imaginate . Pero me habló de cosas que nosotros nunca veremos: Siouxsie bailando desnuda en un pub de cuarta de Londres; un místico sufí que le besó los ojos y le auguró placer y traiciones en esta vida y paz en sus reencarnaciones; un año entero pintando, viviendo y malcomiendo con un turco y un hindú en Berlín; un mapa oral de la Nueva York de la mejor cocaína y la peor calaña. Yo le conté de vos y de por qué la vieja nos echó de casa, del año y medio en San Marcos Sierra, de cómo me agarró Gendarmería en Puerto Iguazú, de la cárcel, de Fafá, del terror de hoy.

Antes de irse a Chile me dio las llaves del departamento.

—Mejor dáselas a Fafá.

—Mejor no. Vuelvo antes de Año Nuevo. En diez días.

Pero antes que pasaran cinco apareció apoyada en un Pac-Man, mirándome venderles fichas a los pibes, y me pidió que tomáramos un café en el Argos. "Desde niña que no escucho un billar", dijo.

Al borde del pánico, le pregunté por Fafá pero me dijo que ni él ni Diana habían ido al kiosco, que estaba la vieja, que por eso había venido y que nos fuéramos a caminar, joder. Había venido sin pintura ni medias de mujer fatal, con ojotas, jeans y una blusa blanca y corta, sujeta con un solo botón por atrás. Nunca había estado con alguien tan hermoso.

Esto fue el mediodía del 24.

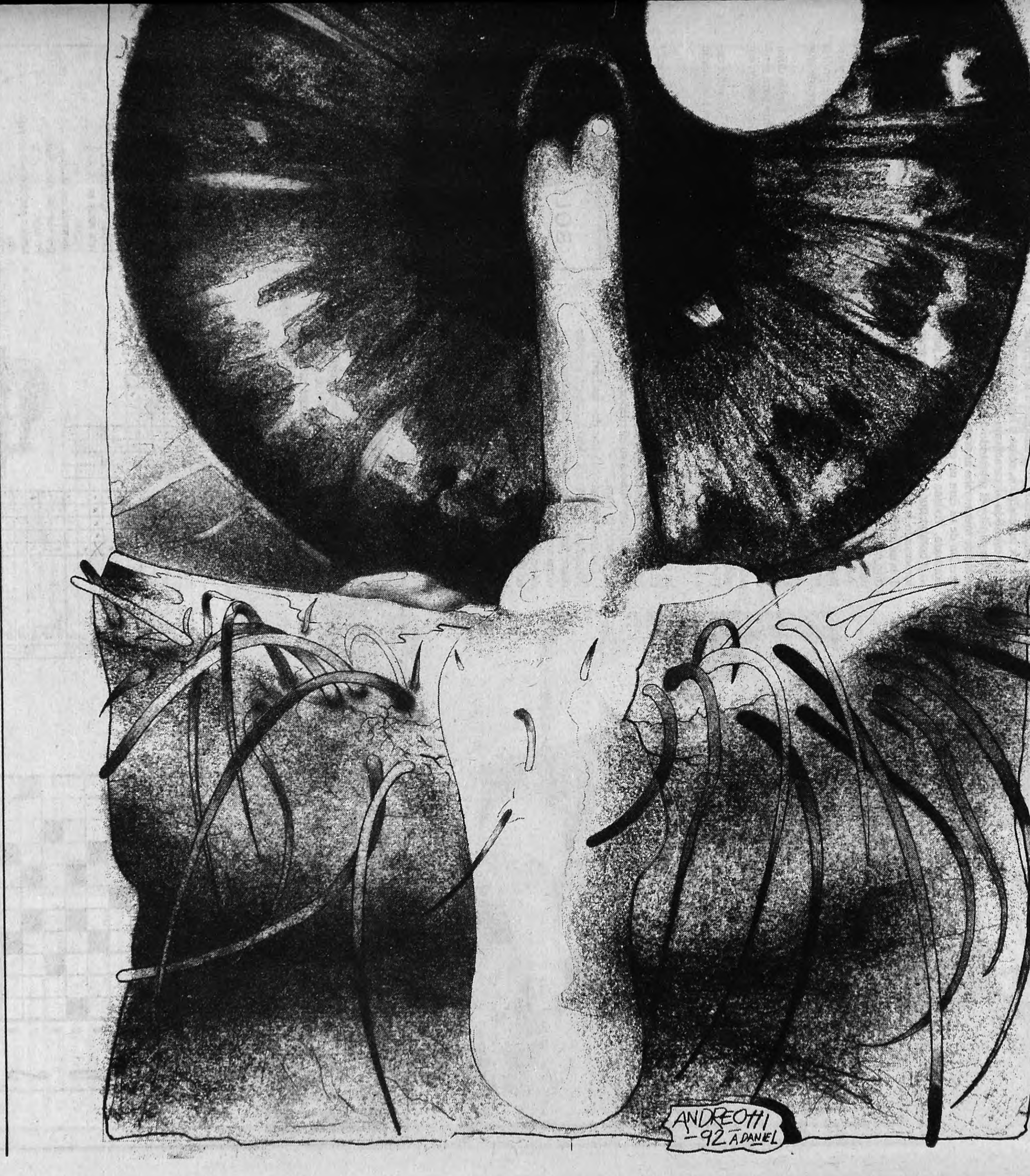
Al rato de estar en el Argos me pidió que la sacara de ahí y la llevara a algún lado y yo le ofrecí ir al cementerio. No podía dejar pasar la ocasión de llevarla a conocer la tumba del auténtico Gardel. Pero cuando se lo dije me contestó que no porque la Navidad es resurrección, hijo. Igual caminamos por Lacroze y justo ahí empezó a granizar. Estuvimos un rato largo mirando la gente enloquecida, los tipos puteando sobre los capots de los coches o desesperados por cubrirlos con lonas.

Fue ahí que Montse me pidió que le sacara la última foto del rollo. Estábamos frente a una concesionaria de autos, debajo de una parada de colectivos con el marco donde van los carteles roto, sin vidrio.

Y Montse me dijo "hazme" (no haceme) un retrato con marco y todo. Me senté en el piso, puse la cámara vertical y creo que entendí más de lo que veía. Me miraba la boca, creo, pero miraba también más allá, como si esperara ver salir de la lluvia un amuleto contra la trampa y la duplicidad.

Después de sacar la foto bajé la cámara y me quedé mirando el piso. Ella levantó una pierna, salió del marco de lata, se paró al lado mío y me empezó a acariciar la cabeza y el cuello. Después me acercó un muslo para que yo apoye la cara y ya para ese entonces debía haber como cuarenta boludos de la concesionaria pegados al vidrio mirándonos.

Pero para ella no existían. Así que se arrodilló, agarró la cámara, rebobinó el rollo y me lo dio. "Revélalo", me dijo. Llamó un taxi y se fue.



había en las últimas dos tomas con Diana. La película se interrumpía ahí, malcortada con tijera. Supuse que las que faltaban se las había llevado Montse con ella o las había quemado.

Que yo recuerde, Montse y Fafá salieron bastante tiempo y nunca dejaron de pasar un par de noches a la semana juntos. La fecha anotada en la libreta coincidía con la época en que se conocieron. A él se la había presentado Gardel que, según me contó Fafá en su momento, también se la había transado. Pero Gardel no estaba ni en las fotos ni en la libreta.

De más está decirte que al otro día fue Diana la que apareció por el negocio a decirme qué horrible, la encontraron muerta y toda cortada a Montse en un hotel de San Pablo. No sabés cómo está Fafá.

De más está decirte también que no fue muy difícil encontrar un par de enemigos de Fafá que me confirmaran que él había viajado a San Pablo con la hermana y sin que Gardel lo supiera, la semana de Navidad. De algún modo, Fafá supo que Montse mintió que iba a Chile para ganar tiempo y poder pasar por San Pablo, juntar algún dinero y desaparecer, antes de que los gemelos la alcanzaran para deshacerse de ella, que conocía su secreto más escabroso.

Cuando salí de Caseros Fafá me vino a buscar para ofrecerme laburo. Yo no quería saber más nada pero él me juró que con esto me iba a blanquear. Que había puesto un videogame a la vuelta del kiosco de la vieja y que quería alguien de confianza que lo atendiera. Yo le contesté que de videogames no sabía nada pero que por lo menos sabía jugar al Pac-Man, que era de mi época. Así fue que la conocí a Diana. Venía a verme con mensajes de Fafá antes de ir a atender el kiosco. A la salida yo pasaba y me quedaba un rato. Mirábamos una tele chiquita que tenían apoyada sobre unos cajones vacíos de gaseosas. Fafá pasaba todas las noches, a veces con Gardel, pero yo nunca los vi transar con nadie ahí.

Después nos íbamos a la casa de Diana y hacíamos el amor que era un infierno. A cierta hora ella me decía que me fuera. Miraba para otro lado, como si descubriera que en realidad yo era apenas el borrador de lo que ella se merecía.

Fafá me enseñó todo sobre videogames, cierto, pero no fue él quien me enseñó a jugar al Pac-Man. Si Montse hubiera sabido o me hubiera preguntado, ahora estaría viva, pero creo que esta vez puedo ganar. O por lo menos no pasar desapercibido.

No es difícil imaginar la escena: poca sangre, todo muy profesional y ellos dos en la cama o en la bañera, con unas fotos en la boca.

Y entonces me va a tocar a mí, porque Gardel va a pensar que yo fui el que le dijo a Fafá que Montse no había ido a Chile sino a San Pablo; que yo fui el que divulgó las fotos y ese puente entre las sangres que Montse vino a ser.

Por eso me voy. Al fin y al cabo en el Pac-Man también hay que saber escapar.

Pero me voy también porque nunca más podría entrar al Argos ni caminar por Lacroze: la autopsia dio que la mataron allá la tarde del 24, mientras acá granizaba.

Chau, hermanita.

LA PORTADORA

Folletín erótico
de Pedro Lipcovich

15. El Hombre del Anillo

Ni de los prostíbulos ni de las cenas familiares se puede salir indemne, pero, con respecto a una de esas dos instituciones, Viviana tendrá quien la ayude.

Por la ventanita del recuerdo de Viviana la lluvia golpea las flores que ella había puesto, como todos los años, en la tumba de su madre. Bajo su paraguas floreado Viviana, aterida, miraba el rectángulo con sólo un malvón crecido tras la cruz de madera. El cementerio estaba solo en la mañana. Nada más un hombre muy alto y oscuro frente a una tumba, y esa tumba estaba toda hundida a lo largo de uno de sus costados, como si bajo la tierra hubiese sucedido un cataclismo privado. La lluvia empapaba el sobretodo del hombre. Ante la lápida murmuraba unas palabras, pero la expresión de su cara no era de plegaria sino de amenaza. Viviana al irse tuvo que pasar junto al hombre que también se volvía: en un gesto impensado le ofreció compartir el paraguas. Tras un momento de recelo, él aceptó. *Gracias*, dijo como quien pronuncia una palabra olvidada. Hubo un momento de confusión porque él era demasiado alto, hasta que Viviana le dio el paraguas floreado para que lo sostuviera, y sonrieron.

Fueron al bar de la estación de trenes junto al cementerio. Viviana tenía mucho frío y pidió un café con leche. El, empapado, no parecía sufrir. Usaba un anillo de sello muy grande, en el dedo del medio de la mano derecha, que hacía parecer inermes los demás dedos. Hablaron muy poco. Sólo ese día, y una vez más, se acompañaron.

Viajaron bajo la tierra en un tren que echaba chispas. Al salir un hombre de uniforme los miró, reconoció la cara del Hombre del Anillo. El llevó la mano al bolsillo del sobretodo. El de uniforme miró a su alrededor, se vio solo, apartó la vista.

Caminaron unas cuadras por un barrio de pequeños fabricantes. Un ascensor enorme desde una galería los llevó a un cuarto de retazos apilados. Había una ventanita por donde se veían pequeños talleres en los fondos de edificios altos; el mediodía parecía crepúsculo. "Estoy aquí por poco tiempo", dijo él. Al entrar había guardado algo en un cajón. Comieron pan y queso. La lluvia golpeaba un techo de zinc. Cuando Viviana desprendió los botones de la camisa del hombre vio las cicatrices: la primera era leve, desde la base del cuello hasta detenerse como con respeto antes de la tetilla izquierda; otra era una estrella quemada en el costado derecho; y bajo el pantalón el trazo grueso, terrible, por el vientre hasta la ingle. Los labios húmedos de la mujer se dejan guiar por las cicatrices, se arremolinan sobre la estrella violenta, se atreven por el camino cárdeno que se hunde en el vientre. El hombre la acaricia, con ironía muy suave. Viviana es muchas mujeres pero, de una de las mujeres que Viviana es, el Hombre del Anillo lo sabe todo. El mira con la misma pasión fría con que miró la tumba aquella bajo la lluvia, y Viviana se da cuenta de que ese hombre podría ser despiadado con ella, no, comprende que con ella no.

Se despidieron en el atardecer. Había dejado de llover, el cielo brillaba como para restituir el mediodía que no había sido. Recién entonces él dijo su nombre.

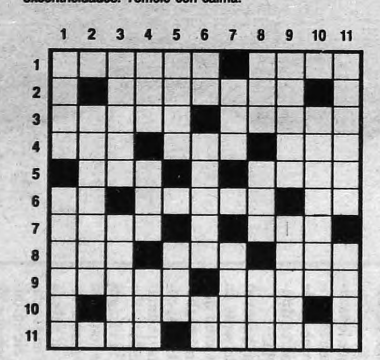
—Si me necesitás nombrame. Todos me conocen —él sabe que ella necesitará nombrarlo un día.

(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA

Si a esta altura del partido tiene las neuronas algo extenuadas por toda la labor desplegada en los juegos precedentes, tómese un respiro porque para resolver este juego necesita sus neuronas a full. Se trata de un crucigrama formado por palabras comunes y corrientes pero definidas en una forma nada ortodoxa. Se topará con acertijos, frases incompletas, nombres ocultos, anagramas (señalados en negrita, por ejemplo: BORLA = LABOR) y otras excentricidades. Tómelo con calma.



HORIZONTALES

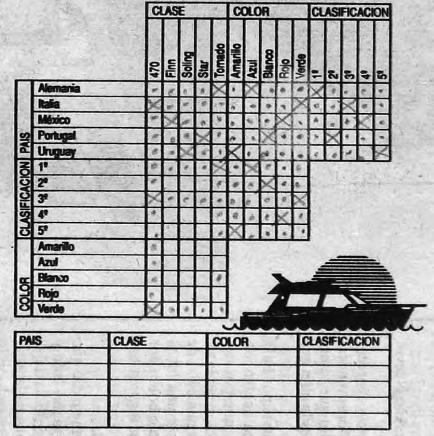
1. **Sanaba** al acostarse sobre la ropa de cama./ **Paco** tiene un vaso con pie.
2. De este modo cursos de agua corriente para los del antiguo reino de la Mesopotamia.
3. **Pinta** la cuchilla para deslizarse en el hielo./ Ni claro, ni cloro: religiosos.
4. En esta ocasión, hay un ave palmípeda./ En la covacha está el alga./ En la ruta está la mujer de Booz.
5. **Así** es un aire de las Canarias./ Desde el sofá, María alcanzó renombre.
6. Medio caco con calcio./ Dejo que me **timen** porque no dije la verdad./ Una partícula negativa en los Andes.
7. Logró ver al gigante de los cuentos. No, no es par.
8. Sólo alaba./ En el talco, es semejante./ Un tazón en la bolsa.
9. Con tus fábulas, Esopo, adquirió cordura./ Se lió, más salió indemne.
10. En las **Iiloreras** hay peces que se adhieren a lo que flota.
11. La yerba de un día anterior./ ¿Vas a buscar ozono en el hueso de la fruta?

VERTICALES

1. En el jardín **se posa este** batracio./ Sacó la dama la ropa de la lejía en que la lavó.
2. Renací, Agostina, tras momentos infaustos.
3. No agites estas prendas cómodas./ Traeré y desgastaré.
4. En el casino, de este modo./ Quiero a parte del ramo./ No sólo hay que parecer. También hay que...
5. Níquel y nobelio para Manfredi./ Este tío tenía una cabaña.
6. Medio arco acaba verbos./ El joven también fue a la posada fuera de la población./ Algo provenzal en la época.
7. **Cal** en un sitio de Perú./ Con ella pago en Italia.
8. En el color, un repollo./ El final de lo fino./ Hogar en el solar.
9. **Orase** en la guarida de cierto animal./ Vocal y ósculo para el gordo.
10. **Sumaron** los de Rumania.
11. Con lazo tan largo, golpean./ Lo montó sobre la espalda.

ENIGMA

Un corresponsal deportivo nos proporcionó entremezcladamente algunos detalles sobre la clasificación final de un campeonato de yachting. Deduzca en qué clase se destacó cada país participante, de qué color era el yate con el que compitió y en qué puesto clasificó.



1. Uruguay participó con un yate amarillo.
2. El país representado por un yate verde se clasificó tercero.
3. Alemania fue el único país que clasificó mejor que Portugal.
4. México participó con un yate rojo.
5. El país que se destacó en la clase Tornado clasificó mejor que el que participó con el yate blanco, y éste mejor que el que sobresalió en la clase Finn.
6. Italia compitió en la clase 470.
7. México se clasificó mejor que el país que participó en la clase Soling.

SOLUCIONES

SOLUCION 6279

Alemania, Tornado, azul, 1°.
Italia, 470, verde 3.
México, Finn, rojo, 4°.
Portugal, Star, blanco, 2°.
Uruguay, Soling, amarillo, 5°.

SABANA■COPA
A■ASIRIOS■Z
PATIN■CLERO
OCA■OVA■RUT
■ISA■E■FAMA
CA■MENTI■AN
OGRO■T■NON■
LOA■TAL■BOL
ASESO■ILESO
D■REMORAS■M
AYER■CAROZO